

DR. IGNACIO GONZÁLEZ GINOUVÉS

EDUCACION SUPERIOR LATINOAMERICANA *

DESARROLLO INSTITUCIONAL

I. *Introducción.*

EN EL SIGLO XVI, cuando en Europa no había sino 16 universidades, en Latinoamérica había tres: la de Santo Domingo, la de Nueva España (México) y la de San Marcos, en Lima. Sesenta años después del descubrimiento, había cinco y en los siglos XVII y XVIII se fundaron diez más.

Cuando los países latinoamericanos se independizaron, tenían doce universidades; en el primer siglo de vida independiente, llegaron a 50. Hoy Latinoamérica tiene casi 200 establecimientos que se denominan universidades.

Sin embargo, los países latinoamericanos no disponen ni en calidad ni en cantidad de los recursos humanos preparados que necesitan para su servicio y desarrollo.

La explicación de tal paradoja sólo puede encontrarse en algún defecto de la educación. Encontrar ese o esos defectos y corregirlos antes de que sea más tarde, es tarea de los gobernantes, de los políticos y de los educadores latinoamericanos.

*

Difícil es hablar de la UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA sin caer en generalizaciones discutibles o describir un arquetipo que termina por no parecerse a ninguna.

*Estudio hecho por el autor por encargo de UNESCO, para servir de base para el debate en la "Reunión de expertos sobre enseñanza superior y desarrollo en América Latina", realizada en San José de Costa Rica entre el 15 y el 24 de marzo de 1966.

Aunque herederas de la Universidad salmantina, en razón del suelo y de las circunstancias sociales y políticas en que crecieron, han ido diferenciándose grandemente. Algunas se desarrollaron; muchas murieron; otras quedaron como nacieron, limitadas por su ambiente; han aparecido nuevos establecimientos con características diferentes. La gran mayoría son nacionales o fiscales; muchas pertenecen a órdenes religiosas; unas pocas son privadas. En algunos países se deben conformar al patrón de la universidad central; en otros hay libertad educacional.

A pesar de estas diferencias, hay que reconocer que todas tienen un aire de familia, rasgos comunes o por lo menos predominantes, que en cierta forma las individualizan.

En Latinoamérica hay cuatro tipos de universidades:

- a) las universidades centrales o nacionales,
- b) las demás universidades fiscales —llámense estatales o provinciales— pero que no tienen la preeminencia de que gozan las primeras,
- c) las católicas, y
- d) las privadas laicas.

Las universidades del primer grupo son por lo general las más antiguas; fueron también, por mucho tiempo las únicas; son las más grandes; son las oficiales; gozan de especiales privilegios por parte del gobierno; son financiadas por el fisco. Por estas razones —y a veces, además, por expresa disposición de la ley— son las que regulan, en representación del Estado, la enseñanza superior del país.

De las universidades del segundo grupo hay muchas que son también antiguas, gozan de privilegios como las anteriores y son financiadas por el gobierno. Otras pertenecen a los gobiernos locales o son el producto de la cooperación entre éstos y las colectividades; son, por lo general, de creación reciente.

Entre las universidades católicas hay también dos grupos: las antiguas, es decir creadas antes de 1920, cuya organización es por lo general de tipo tradicional y las de creación reciente.

La Iglesia creó universidades en Latinoamérica, fundamentalmente para dar educación católica a las élites dirigentes y propagar la fe a través de sus egresados. Si en un principio lo fueron, posteriormente las Facultades de Teología no han sido el centro de preocupación de las universidades católicas. Lo han sido, en cambio, las de Leyes (foro, servicio público, política), de Educación, y últimamente de Ingeniería y de Ciencias Sociales).

Las universidades privadas (no confesionales) han sido una excepción en Latinoamérica. El esfuerzo comunitario, sin embargo, ayudado últimamente en algunos casos por industrias o empresas, ha creado una docena de universidades. Su condición de privadas les confiere gran autonomía, sólo limitada por sus relaciones con la Universidad Nacional y algunas disposiciones legales, en donde las hay.

Los países latinoamericanos han vivido en el principio de que la educación debe ser gratuita y atendida por el Estado. En algunos, el "estado docente" es un dogma al cual se sacrifican hasta las necesidades nacionales en materia de educación. *A contrario sensu*, se ha mirado sistemáticamente con desconfianza cuando no con aversión, cualquier intento de los particulares de cooperar en el campo educacional. En algunos países esta aversión ha solido ser violenta en contra de las iniciativas de la Iglesia para crear colegios y universidades.

La cuantía de las necesidades educacionales nacionales, sin embargo; la imposibilidad de las universidades estatales de atenderlas y a veces su desprestigio por la indisciplina y excesiva política en la vida académica y entre los alumnos, han impulsado la creación, de universidades privadas, que están desempeñando un positivo papel en el progreso de la educación superior latinoamericana.



El desarrollo de las universidades latinoamericanas, que fue satisfactorio —para su época— hasta el primer cuarto de este siglo, ha ido quedando posteriormente a la zaga de las necesidades.

El conservantismo de las universidades, unido al débil interés ambiente por los asuntos educacionales han demorado la respuesta universitaria (y educacional en general) a cuatro invitaciones: el desarrollo científico; la explosión demográfica; las expectativas surgentes en la sociedad moderna, y la tecnificación.

La reacción, ha sido variada y desigual, como variados son los ambientes y los medios latinoamericanos, y desigual el tamaño, la jerarquía y la complejidad de sus universidades.

El panorama de las universidades latinoamericanas es, consecuentemente, abigarrado: junto a la institución antigua que se mantiene sin cambios, hay otras igualmente venerables que los han experimentado en buena medida; junto a la universidad que aun vive en el 900, las hay recientes, modernas y dinámicas.

Seguramente sería injusto desconocer que el progreso logrado en la última década es significativo y en algunos casos, espectacular, y que los esfuerzos que en todas partes se realizan —muchas veces sin la debida comprensión de los gobiernos— son positivos. Desgraciadamente preciso es reconocer que ni unos ni otros han sido generales, o igualmente acertados a felices en sus resultados y que, tomado el problema del Desarrollo Institucional Universitario en la totalidad de América Latina, no pueda decirse que, a pesar del esfuerzo y de las excepciones, no vaya, todavía a la zaga de los problemas crecientes y urgentes que debe remediar.



En las páginas siguientes se procura hacer una descripción objetiva del desarrollo de las universidades latinoamericanas, de las características de esta evolución, de sus circunstancias, de los factores que la han estimulado, de aquellos que la han frenado y del estado actual de su progreso.

Su deseo de ser veraz ha llevado al autor a no ser ni caritativo ni halagüeño. Cree que la actitud comprensiva y benévola para juzgar, que tanto agrada a los latinoamericanos; esa simpatía con que agradecen que se reconozcan sus éxitos, se sea condescendiente con sus errores, y no se mencionen sus defectos, ha hecho mal al desarrollo de las instituciones educacionales del continente, les ha impedido aprovechar cabalmente la ayuda que se les ha prestado y ha ayudado eficazmente a las fuerzas que hasta ahora se han opuesto al cambio y al progreso.

Sólo la franqueza para reconocer sus males permitirá a la educación latinoamericana corregirlos con acierto. Tendrá que abandonar la idea de que es posible cambiar y seguir al mismo tiempo siendo la misma; tendrá que disociar las peculiaridades ya periclitadas de su modo tradicional, ineficaz, de sus impulsos particularistas o nacionalistas y aceptar el cambio, no como algo ajeno o una copia de lo extranjero, sino como una natural e inevitable incorporación a los nuevos tiempos.



Se repite que aún la más anticuada de las universidades puede dar la mejor educación si cuenta con elementos materiales y un equipo de excelentes maestros. Se equivoca quien piense que ese podría

ser el caso de alguna universidad latinoamericana. El desafío educacional y las exigencias sociales de los años que vive latinoamérica son demasiado premiosos y grandes para que sirvan odres demasiado viejos para que en ellos pueda mejorarse el vino nuevo.

El desarrollo de las universidades latinoamericanas, si quiere ser eficaz debe ir acompañado de profundas renovaciones y cambios, no sólo de su propia estructura sino también de la de todo el proceso educacional nacional. Será la única manera de que Latinoamérica pueda encarar con éxito el tremendo desafío que significan su crecimiento y su desarrollo.



Al resumir en unas pocas páginas el *Desarrollo Institucional* de las universidades latinoamericanas, el autor ha debido omitir muchos aspectos y explicaciones complementarias. Ha querido, también, evitar toda comparación, toda alusión y toda alabanza o crítica individualizada. Reitera que no todo lo que dice es cierto para *todas* las instituciones de educación superior del continente y declara que deliberadamente dejó muchos rasgos buenos y numerosísimas excepciones sin mencionar. Confía en que éstos se impondrán sin necesidad de destacarlos. Reitera en cambio que lo que dice —sometido al tamiz de la opinión personal— es una realidad que es preciso conocer, si se desea comprender para ayudar en su trance, a la universidad latinoamericana.

Ha tenido que ser también, escueto en la redacción y enfático en la exposición. Tratándose de un documento de trabajo destinado a servir de base para una discusión entre gente bien informada, cree que estos defectos no serán un inconveniente y pueden serle perdonados.

II. *Esquema histórico. Características de las universidades latinoamericanas.*

I. Tan pronto como se consolidó la conquista, los monarcas españoles pusieron especial interés en dotar a sus nuevos dominios de centros de enseñanza para formar a los hombres que habrían de propagar en ellos la fe y ayudar a administrarlos. En algunos, por idénticas razones, se enseñó también medicina. Nunca faltaron profesores para cumplir los primeros objetivos. No pasó lo mismo con la enseñanza médica.

Estas universidades eran creadas indistintamente por bula pontifical, por decreto real o por algunas órdenes religiosas, especialmente jesuitas y dominicos. Todas gozaban del patronato real y eran dirigidas por sacerdotes.

La independencia significó para muchas de estas universidades la transformación en universidades oficiales de los nuevos estados; para otras, como la de San Felipe, en Santiago de Chile (1738), la desaparición y su reemplazo por una nueva institución que representaba mejor los ideales de la independencia; para otras, en fin, la muerte sin pena ni gloria. Los nuevos países que no poseían universidades crearon, por su parte, a lo largo del siglo XIX, establecimientos de enseñanza superior tomando como modelo la universidad napoleónica.

No fueron las del siglo XIX universidades que buscaran la difusión de la cultura y el saber. Con espíritu pragmático y para responder a necesidades evidentes, enseñaron las profesiones más útiles: derecho, medicina, dentística, farmacia, ingeniería y descuidaron la educación general. Como un homenaje a la tradición salmantina se mantuvo en muchas de ellas la enseñanza de la teología, que desapareció cuando la iglesia creó sus universidades y seminarios.

Resulta curioso que, en los países latinoamericanos, la universidad fuera creada antes que el resto de la educación.

2. La sociedad latinoamericana del siglo XIX no se interesaba por la educación. La vida fácil, orientada hacia el comercio y la agricultura, tampoco se lo exigía. La historia revela cuán difícil fue obtener alumnos para estas universidades.

La comunidad, no vinculó la educación a su progreso. Sólo podían llegar a la universidad los hijos de las clases altas, y aquellos de la clase media, que se esforzaban para ascender socialmente. El pueblo no tenía posibilidades de educarse. La educación fue, así, una palanca de ascenso social y un arma de poder de la clase dirigente; estuvo a disposición de los individuos, pero no de la comunidad.

Mientras las universidades europeas, herederas y forjadoras de una antigua tradición cultural, fueron instituciones destinadas a cultivar, difundir y enseñar a través de las letras, las artes y las ciencias y como consecuencia, las profesiones, y la universidad norteamericana se puso fundamentalmente al servicio de su comunidad en desarrollo, procurándole los hombres instruidos y prácticos que el país necesitaba para conocerse, producir y progresar, la universidad latinoamericana sólo se limitó a mantener una tradición humanista sin vigor y a enseñar las

profesiones liberales *de servicio*, a los afortunados que podían estudiar.

3. "La ausencia de oportunidades para una formación de tipo general, cultural y humano, destinada a su propia clientela de alumnos regulares, es un hecho que sorprende en la estructura de la universidad hispanoamericana", ha dicho el educador chileno R. Munizaga (*Conf. sobre Educación y desarrollo económico y social en América Latina*, UNESCO, Santiago de Chile, 1962).

Tal vez como reacción contra la antigua universidad española, o por la influencia mal comprendida de la universidad napoleónica, o por simple falta de aprecio por el valor de la cultura general, en una sociedad que sólo sabía apreciar las necesidades inmediatas, el hecho es que la universidad latinoamericana olvidó la enseñanza general, tanto como fin, para los que deseaban adquirirla para servir mejor en la política o el servicio público, cuanto como medio para completar la formación de los profesionales liberales que estaba produciendo.

Entregó esta tarea a la escuela secundaria, desconociendo que ello no era suficiente para producir hombres cultos y que hay también una alta cultura que es dominio genuino de la universidad. La enseñanza de las Letras, quedó reducida a elemental enseñanza profesional para pedagogos en la materia correspondiente.

Ha dicho, don Roberto Mac-Lean y Estenos: "Las universidades latinoamericanas adiestraron la porción más selecta de las clases dirigentes cuya actuación en la vida pública reflejó, por lo general y en sus aisladas excepciones, la calidad negativa de su formación académica. Por lo mismo ellas tuvieron parte y muy apreciable de responsabilidad en la prolongada inmadurez de la vida política de nuestros pueblos". (*La crisis universitaria en Hispanoamérica*. Bibl. de ensayos sociológicos, México, 1956).

Herederas de la tradición española y católica e inmersas en un medio que miraba el conocimiento científico como un peligro para la salvación de las almas, las universidades latinoamericanas fueron exclusivamente profesionalistas y librescas, y en ellas las ciencias experimentales no tuvieron acogida.

Si bien hubo destacados científicos, muchos de ellos frailes, no fueron precisamente las universidades el alero para sus inquietudes.

El poco espíritu de empresa y el escaso sentido creador de la sociedad latinoamericana, tampoco exigió de las universidades la contribución que podría haberlas impulsado hacia el servicio social

y las ciencias. Se creó así uno de los rasgos más característicos y de más profunda significación de la universidad latinoamericana.

En un discurso pronunciado en 1853 en el Instituto Nacional (Chile) don Andrés Bello afirmó: "La historia natural reducida hoy día a ligeras nociones, parece reclamar mayor expansión; pero dudo que lo que a este respecto se hiciera produjese resultados satisfactorios. Empieza apenas a formarse en Chile la adición a una clase de estudios que por sí solos no conducen a la fortuna o a la consideración general, y que por eso, pertenecen más bien a aquellas épocas de maduras civilizaciones intelectuales en que el amor desinteresado a la ciencia la rodea de numerosos cultivadores, y en que la reputación literaria o científica tiene bastante brillo para estimular a tareas asiduas". Tan pocos progresos se realizaron en este sentido en los 100 años siguientes, que en 1959, Carlos Chagas ha podido decir: "El obstáculo que todavía dificulta el desarrollo científico latinoamericano, se debe principalmente a la enorme incompreensión del grupo dirigente de lo que es la ciencia, de lo que significa para el futuro de la humanidad y que debe ser expandida y estimulada". (*Sciences in the Americas. Papers of the Seventh Nat Conf. of the U. S. Nat. Comm. for UNESCO, 1959*).

La tendencia profesionalista liberal y la desvinculación de la *educación* latinoamericana (y por ende de la universidad), de los problemas nacionales y de su comunidad, hicieron que se desinteresara también por la preparación para el trabajo y la vida.

No sorprende, en consecuencia, que, a pesar de necesidades apremiantes y evidentes, no se haya desarrollado en Latinoamérica sino hasta muy avanzado el presente siglo y en medida limitada, la enseñanza politécnica, la vocacional, la preparación para el comercio, los negocios o la industria, y *last but not least* la capacitación para el artesano o el obrero.

En la educación latinoamericana hay pocas oportunidades para aprender una destreza (*skill*) o un negocio (*metier'trade*) para ganarse la vida y servir.

Tampoco forja hombres emprendedores, prácticos, con vitalidad e iniciativa.

4. El ensimismamiento de las universidades centrales, el escaso interés de las comunidades por la educación, la falta de oportunidades y débil motivación del pueblo por educarse, la poca prisa del Estado por difundir la educación, y el deseo de los gobernantes de controlarla para evitar que cayera en manos enemigas o dogmáticas, hizo que, hasta avanzado el siglo xx las únicas universidades

existentes en Latinoamérica fueran las estatales y algunas católicas.

La universidad estatal central mantuvo por muchos años el monopolio de la educación superior en Latinoamérica.

Vinculada a las clases dirigentes y situada en la ciudad capital miró sin interés las inquietudes de las provincias. Segura de sus medios de subsistencia, no tuvo para qué preocuparse de servir a su comunidad. Su condición de estatal y la protección que le daba su autonomía, le permitió sentirse por sobre toda crítica. Regida por una ley o estatuto, con frecuencia minucioso en sus detalles, no dispuso paradójicamente de libertad; —como careció del estímulo de una competencia, tampoco sintió la necesidad de renovarse. Su volumen, su organización, su antigüedad y su tradición contribuyeron a hacer de ella, una institución eminentemente conservadora.

El predominio de la universidad estatal o nacional, quieta y ensimismada, ha sido fecundo en consecuencias para la educación superior latinoamericana:

- dio a los gobernantes la sensación del deber cumplido y adormeció sus preocupaciones frente al problema educacional;

- dependiendo de la clase gobernante, perdió su libertad y fue un instrumento del poder político;

- estando ubicada en la capital, fue un poderoso foco de atracción para los provincianos ambiciosos; por lo tanto, una herramienta de centralismo y de dominio;

- porque cuidó su monopolio, prefirió crecer antes de aceptar la descentralización educacional. No le preocuparon tampoco, en este sentido, las necesidades nacionales.

En muchos países, durante los primeros años de la Independencia, la universidad central tuvo la superintendencia y organización del resto de la educación, transmitiéndole su carácter verbalista, su interés por las profesiones liberales y su desdén por la preparación para el trabajo o la vida.

La universidad estatal inhibió también cualquiera iniciativa que pudiera romper su predominio; de ahí que, con rarísimas excepciones, toda la educación superior, en Latinoamérica, quedara involucrada en la universidad (la educación superior técnica, la de las bellas artes, la agronómica, la pedagógica, etc.), sufriendo las consecuencias del desinterés y de la falta de estímulo de la universidad, que no las comprende y muchas veces las desdeña.

Llama la atención, por ejemplo, el atraso en que han vivido la enseñanza de la agronomía y de la veterinaria en países cuya principal fuente de riqueza fue por más de un siglo la agricultura. No hubo

enseñanza agrícola elemental ni media y sólo incipientes balbuceos a nivel de las universidades. Hoy el continente está sufriendo las consecuencias de este descuido.

La universidad latinoamericana tomó así un carácter politécnico práctico, que excluyó tanto los estudios generales y la preocupación por la cultura como el cultivo de las ciencias y la investigación científica.

"Como nuestras universidades republicanas empezaron por las profesiones para arribar a la cultura, tuvimos y tenemos un conjunto de profesionales incultos y antiuniversitarios", ha dicho Luis Alberto Sánchez (*La Universidad Latinoamericana*, Guatemala, 1949).

Hay en Latinoamérica facultades profesionales tan buenas como las mejores; pero no forman científicos ni difunden la cultura de alto vuelo. Producen buenos abogados, pero rara vez juristas; buenos médicos pero contados científicos y muy pocos investigadores; buenos farmacéuticos pero no químicos científicos. Para ser biólogo o fisiólogo el candidato debe ser primero médico y luego olvidar la medicina clínica que estudió durante 4 de los 7 años. Para estudiar filosofía o historia se debe estudiar pedagogía; para ser sociólogo, estudiar 6 años de derecho.

5. En Latinoamérica no prosperaron hasta la segunda mitad del siglo xx las universidades privadas. Nacieron las católicas, motivadas por un afán proselitista y confesional; pero, ¿qué razón o móvil podía justificar que los particulares invirtieran dinero en crear y mantener empresas cuya necesidad no sentían?

En el segundo cuarto del presente siglo las cosas empezaron a cambiar: se empezó a valorar la educación como factor de progreso, desarrollo y prosperidad; hubo más juventud que deseaba educarse; las comarcas alejadas empezaron a tener conciencia de la postergación a que las condenaba la lejanía de los centros de educación superior, y nacieron iniciativas para pedir la creación de universidades, y luego acciones independientes.

Tan excepcionales fueron, que Luis Alberto Sánchez pudo decir, en 1949: "Universidades (privadas) de organización superior, esto es, análogas a las oficiales, han sido y son las Católicas de Chile, Perú y Javieriana de Bogotá, y sobre todo, la Universidad (laica) de Concepción (Chile)". (L. A. Sánchez. Loc. Cit.) (los paréntesis son del autor).

III. Desarrollo de las Universidades latinoamericanas

I. La enseñanza en las universidades latinoamericanas se hace de acuerdo con un plan que establece los ramos o asignaturas que se de-

ben cursar en cada año de los estudios. En cada asignatura el profesor se guía por un programa que teóricamente la Facultad debe aprobar, pero que en la práctica el profesor altera a su criterio.

El estudiante debe aprobar el examen de la asignatura. Si no alcanza la nota mínima, debe repetirlo (el examen, no el curso) tantas veces como le permiten los reglamentos; pero siempre hay la posibilidad de nuevas oportunidades extrarreglamentarias.

La vida universitaria termina cuando el candidato ha obtenido el título o cuando, debido a su bajo rendimiento, debe retirarse. En este caso los estudios aprobados pierden todo valor, aunque el joven reingrese a otra "carrera" en que se cursen las mismas materias.

Siguiendo la tradición francesa el grado de Bachiller se obtiene al término de los estudios secundarios (a los 11 ó 12 años de estudios) y es un requisito para el ingreso a la universidad; aun cuando éstas se reservan el derecho a agregar un examen de selección.

Como en la universidad sólo hay carreras profesionales, el término normal es el *título*. Desaparecidos los estudios generales y profesionalizadas las ciencias, las universidades latinoamericanas no dan Grados; algunas ofrecen un Doctorado *profesional* posterior al título, sin significación. Los *estudios de graduados* (hay "escuelas de graduados" en algunas universidades) se entienden como estudios de especialización práctica-profesional posterior al título.

La unidad docente en la universidad latinoamericana es la Cátedra. La Cátedra (silla) es servida por un profesor generalmente inamovible de por vida y libre (libertad de Cátedra) para impartir su enseñanza. En la universidad colonial el profesor debía sujetar sus lecciones a un texto determinado. Esta costumbre desapareció en la universidad republicana y sólo en los últimos años empieza a ser reemplazada, no sin lucha, por la obligación de conformar la enseñanza a un plan general.

Las Facultades son los cuerpos encargados de determinar los estudios de mantener la disciplina y conferir los títulos. Originariamente sus miembros eran designados por el Consejo de la Universidad o por el Gobierno, a veces a proposición del primero; eran personas destacadas e idóneas, que aportaban luces y prestigio; no eran necesariamente docentes.

Cuando las Facultades se hicieron profesionales conquistaron, también, el derecho de autogenerarse y sus miembros pasaron a ser exclusivamente docentes activos. Fue un primera paso hacia la transformación de las *Facultades* en *Consejos de Profesores de una Escuela* pro-

fesional. Su independencia creciente transformó a la universidad en una federación de Facultades o escuelas profesionales desvinculadas. Desapareció así un valioso elemento de la tradición universitaria: el contacto interdisciplinario y la relación humana de individuos de diversos intereses. Este rasgo se agravó cuando el crecimiento dispersó a las escuelas en el orden físico.

Originariamente, las escuelas emparentadas dependían de una misma Facultad. El ejemplo segregacionista de las propias Facultades, el choque de intereses entre catedráticos de profesiones y escuelas diferentes y la situación de inferioridad que algunas ocupaban, hizo nacer en éstas el deseo de construir también Facultades, acentuando así la atomización de la universidad y minimizando la jerarquía académica de las Facultades.

El Decano es elegido por la Facultad de entre sus miembros por períodos de 2 a 3 años; a veces sin derecho a reelección. El crecimiento excesivo de algunas Facultades, la falta de contacto personal entre sus miembros y la pugna de intereses hacen que en la elección no siempre primen los universitarios y que el decanato sea una rotativa no de los más capaces e independientes.

La autoridad en las universidades latinoamericanas es el Consejo. Aun cuando la regla no es general, está constituido por los Decanos o representantes de las Facultades, por representantes del poder político de que depende la universidad y por algunos miembros natos que la ley señala. En muchas universidades latinoamericanas tienen asiento en el Consejo los alumnos y ex alumnos, en proporción variable.

Las funciones del Consejo son docentes, administrativas, financieras¹ y disciplinarias. Sus iniciativas, sin embargo, están considerablemente limitadas por el poder de las Facultades.

La autoridad ejecutiva y el representante legal de la universidad es el Rector, funcionario elegido por el Consejo, por la autoridad política o por el claustro de profesores —o por uno de estos cuerpos y ratificado por otro— por períodos variables entre 1 y 4 años. En algunas universidades no puede ser reelegido.

Los poderes del Rector, sin embargo, están también limitados por las atribuciones de las Facultades. Su iniciativa es así, reducida, y más aún sus posibilidades de introducir cambios o de dinamizar la vida universitaria. Esta situación se agrava por los cortos períodos en el cargo y por la rotativa de personalidades.

¹En algunas universidades privadas las funciones financieras están encomendadas a un Directorio o Consejo Administrativo.

La organización administrativa de la universidad latinoamericana es, fundamentalmente, la misma desde hace 100 años. Ha existido una aversión tradicional a los controles y a aceptar una organización de tipo empresarial, que se considera incompatible con el carácter intelectual y educativo de la institución.

El crecimiento y expansión inorgánico de las universidades, la dispersión y autonomía de las Facultades y demás organismos, la debilidad relativa de la administración central y la aposición —ya que no siempre integración— de elementos de corte moderno sobre su estructura anticuada, ha producido anarquía en la organización, duplicación e imposibilidad de una administración eficaz.

Las universidades latinoamericanas no variaron en lo fundamental durante un siglo. En efecto: la universidad de 1820 y la de 1920 son iguales en su orientación profesionalista, en su organización administrativa y docente, en su descuido por las ciencias y en sus métodos de enseñanza.

Debe anotarse, aunque sea incidentalmente, que a pesar de haber recibido algunos países latinoamericanos, a mediados del siglo pasado, una fuerte influencia alemana y de haber estado en Sudamérica Alejandro Humboldt, el espíritu de la universidad de su hermano Guillermo que tanta influencia tuvo sobre el desarrollo de la universidad alemana y europea en general, no se hiciera sentir en las latinoamericanas tanto como en las de Norteamérica.

2. En la década del 20 empezó a hacerse evidente un desajuste entre la universidad y las necesidades nacionales. La demanda educacional en el nivel universitario había aumentado extraordinariamente y la universidad central sólo atinaba a atenderla incrementando la matrícula de sus escuelas.

Los primeros en sentir que algo andaba mal fueron los estudiantes. Bajo el lema "reforma universitaria", hubo en Buenos Aires, Córdoba, Montevideo, Santiago, Lima, Bogotá, México, etc., asonadas estudiantiles. Pedían que la universidad se abriera a nuevas posibilidades, que reformara su estructura, que mejorara su docencia y que se interesara por las necesidades nacionales. Como no confiaban en que los profesores y dirigentes fueran sinceros y capaces de realizar estas reformas, pidieron participación en el gobierno universitario.

Porque algunos políticos se mezclaron en el asunto, fue fácil desconocer la raíz del problema; cuando la presión fue insostenible se recurrió a la solución política: se incorporó a los estudiantes al gobierno universitario.

Y todo siguió igual, porque los alumnos que difícilmente podían

ser más sabios que sus profesores, una vez en el gobierno fueron un nuevo factor de inmovilismo: concebían a la educación únicamente como un medio para ganarse la vida y un instrumento de ascenso social y sólo lucharon por obtener privilegios, facilidades para ser promovidos y más títulos profesionales dentro de la misma línea de las carreras liberales.

La presencia, a veces mayoritaria, de alumnos y egresados en los órganos directivos de muchas universidades latinoamericanas ha debilitado la responsabilidad y la independencia de los profesores y directivos y ha contribuido así a alejarlas más de la verdadera reforma. Hoy día esta situación se hace más penosa porque los estudiantes, por lo general, resisten todo lo que pudiera ser interpretado como influencia foránea, sumándose así, por nacionalismo a los profesores que, por conservantismo o comodidad, se oponen a cualquier intento efectivo de cambio universitario.

Hasta 1925 no había en Latinoamérica más de una veintena de universidades. Entre 1910 y 1940 la evidente incapacidad de la universidad central estatal hizo que fueran creadas unas 50 más por los gobiernos locales o por el esfuerzo privado.

La suerte de estas universidades ha sido variada. Sin embargo, su sola existencia significó un factor de emulación: se dieron una organización más ágil y estuvieron libres de los prejuicios y tradiciones que inmovilizaban a las antiguas. Algunas iniciaron una abertura a las ciencias y a la tecnología.

Los hechos anotados, aunque no constituyen una respuesta pronta y adecuada, iniciaron una etapa, si no de cambios efectivos, por lo menos de preparación para el cambio y de tentativas de reforma dentro de la universidad latinoamericana.

3. Cuatro factores han acelerado en los últimos años la evolución de las universidades latinoamericanas: la influencia y ejemplo de las universidades norteamericanas, las necesidades del desarrollo, la explosión educacional y el fenómeno de las expectativas surgentes en la sociedad contemporánea.

La Segunda Guerra Mundial cortó las relaciones culturales de Latinoamérica con Europa y produjo un fortalecimiento de las con los Estados Unidos. Desapareció del horizonte la imagen de la universidad europea y fue remplazada por la de las norteamericanas, dinámicas, modernamente organizadas, con laboratorios, bibliotecas de servicio, profesores de tiempo completo, enseñanza activa, afán por la investigación y preocupación por las ciencias. Ha contribuido a hacer más poderosa esta influencia el ejemplo que han dado las propias uni-

versidades europeas al renovar su estructura y su docencia, a lo largo de idénticas líneas.

Pero esta influencia no habría sido tan eficaz si no hubiera coincidido con el despertar latinoamericano a las realidades de su subdesarrollo. Las ciencias que las universidades habían subestimado, la técnica que la educación había menospreciado, la investigación de sus recursos naturales y del modo de aprovecharlos, que no habían podido realizarse por falta de científicos y de organismos preparados, se revelaron como el secreto del mundo desarrollado. Se dio cuenta Latinoamérica que la educación era efectivamente el arma más eficaz para el progreso; no un gasto, sino una de las inversiones más redituables. Que si bien eran necesarios los profesionales, también eran necesarios los científicos y los hombres cultos, emprendedores, creadores e impulsores, capaces de servir de guías, de motores, de realizadores y, aun, de moderadores, en esta encrucijada.

Coincide este fenómeno, por último, con el crecimiento demográfico, explosivo, de los pueblos de América, con la avidez de la juventud por educarse, con una marea educacional que llega a los umbrales de la universidad y reclama oportunidades y con el aumento de las expectativas de toda clase que la vida moderna ha hecho nacer.

Es bien sabido que Latinoamérica tiene un crecimiento demográfico cercano al 3% anual. A este crecimiento, que hace que anualmente unos cinco millones de niños lleguen a la edad escolar, ha de agregarse que también día a día un mayor número estudia más años y que por lo tanto grupos cada vez mayores lleguen a la educación superior.

En 1957 había en Latinoamérica 119 establecimientos de educación superior, con 370.857 estudiantes. Hoy 132 tienen una matrícula cercana a los 700.00.

La matrícula de las universidades chilenas fue de 7.846 estudiantes en 1940. En 1956 fue de 19.239; en 1961 de 25.613; en 1962, de 27.549; en 1963, de 31.055 y en 1964 de 32.995.

Sin embargo, "los grupos egresados de las universidades latinoamericanas son actualmente minorías insuficientes para hacer frente a las responsabilidades que les competen. Del total de la población escolar latinoamericana (alrededor de veinte millones de personas), 91% se encuentran en las escuelas primarias, 7% en las escuelas secundarias y tan sólo 1,75% en la educación superior. Los Estados Unidos de América y América Latina cuentan aproximadamente cada uno con 180 millones de habitantes. Mientras los Estados Unidos tienen en sus instituciones de educación superior 4.000.000 de estudiantes, las de

América Latina apenas alcanzan la cifra de 350.000 estudiantes. No puede esperarse una aceleración del progreso social, económico y cultural en tanto que la población universitaria no se expanda considerablemente. Es preciso que las universidades consoliden y amplíen las facilidades que ofrecen para atraer a la educación superior a los estudiantes bien dotados, independientemente de su condición social y económica. Es inexcusable la pérdida de talento en países que tan urgentemente necesitan usar hasta el máximo de sus recursos humanos". (*La Educación Superior en América Latina y la Cooperación Interamericana. Informe y Recomendaciones*; Washington, D. C. Junio de 1961).

4. Es un aspecto importante de la crisis que viven las universidades latinoamericanas y a su vez, parte de una crisis profunda y grave de todo el sistema educacional latinoamericano.

En Latinoamérica el analfabetismo supera el 25%, aun cuando hay países que han logrado disminuirlo al 10 o 15%. Menos del 20% de los jóvenes alcanza a la educación media y no más del 2%, a la superior, egresando la tercera parte. No llegan a la universidad, en consecuencia, los más capaces sino los que tuvieron medios para seguir sus estudios, y la pérdida o deserción académica es, en todo el proceso, enorme.

La falta de escuelas artesanales, de escuelas técnicas y vocacionales, de enseñanza práctica de nivel intermedio hace que, del 98% que no llega a la Universidad, sólo una fracción haga estudios terminales y se prepare para algo definitivo. El resto sólo tiene la cultura (?) que le dan los años que alcanzó a estar en la escuela y ningún entrenamiento o aprendizaje. Antes, éstos tenían como destino el trabajo agrícola; hoy se refugian en la burocracia. Se pierden así muchos talentos.

Se ha hecho, en consecuencia, evidente, la necesidad de redefinir los fines y objetivos de la educación, reorganizarla de acuerdo con ellos y situar en el proceso, a la universidad. Se hace urgente democratizar la educación latinoamericana, es decir hacerla accesible a toda la juventud, sin otra limitación que su interés y su capacidad, eliminando los factores que obligan a tantos a abandonarla prematuramente.

Se impone la necesidad de diversificarla de manera que los jóvenes puedan orientarse en cualquier momento y nivel hacia donde su vocación o su deseo les indique, sin tener como única meta honorable, los estudios profesionales universitarios.

Se necesita reformar los planes de estudio y los métodos pedagó-

gicos y dotar a la educación de elementos de trabajo: laboratorios, bibliotecas, personal; de planes de enseñanza más realistas y modernos en los que las ciencias y las matemáticas ocupen el lugar que les corresponde; de métodos más activos que estimulen la curiosidad y el interés del educando, formen su personalidad y lo hagan un individuo reflexivo y responsable y un ciudadano con iniciativa, sentido social y empuje creador.

Es indispensable, por último, relacionar, dar organicidad a la educación latinoamericana, en sus diferentes etapas o niveles.

Pasado el primer período, en que la universidad dirigió toda la educación nacional, las enseñanzas primaria y secundaria *se emanciparon*. Se supuso que la primaria daría los conocimientos elementales que necesita todo ciudadano para gozar y ejercer sus derechos democráticos; que la secundaria formaría al individuo y le daría las bases generales y científicas que harían de él un ciudadano culto, y por último que, a ese hombre ya culto la universidad enseñaría las profesiones. Fue un supuesto falso: La enseñanza primaria fue débil e incompleta y no alcanzó a todos los ciudadanos; la secundaria, por tratar de enseñar tanto, no logró que los alumnos aprendieran, descuidó su formación, no les dio cultura, no les enseñó las ciencias ni las matemáticas. Tampoco los orientó o los formó para el trabajo.

Hoy, por lo general en Latinoamérica, la primaria o elemental, la secundaria, la especial, la técnica, la superior, son entidades que no se comunican ni relacionan ni complementan. Si esta situación tiene, de por sí, gravísimos inconvenientes, mayores los tiene desde el punto de vista de la universidad.

Aun cuando la educación secundaria latinoamericana sólo orienta hacia la universidad y los jóvenes sólo aspiran a ser profesionales, lo efectivo es que no hay conexión entre las dos y que las graves deficiencias —formativas, educativas, culturales y científicas— con que los jóvenes salen de las humanidades son un serio y costoso lastre para el desarrollo y progreso de las instituciones de educación superior y un poderoso factor negativo en la cultura latinoamericana. La labor paliativa o remedial a que se ven compelidas las universidades no alcanza a evitar que sus profesionales, aunque obtengan un título, conserven indelebles, los estigmas de su formación cultural general deficiente e incompleta.

La juventud latinoamericana, mal informada y mal formada, presenta a las universidades “demandas” que no coinciden con las “necesidades” nacionales. Aquella pide aprender las profesiones que conoce y que, según cree, dan prestigio y permiten ascender socialmente.

Éstas se dan cuenta de que la realidad que viven los países hacen más apremiante el desarrollo y promoción de otras actividades relacionadas con la tecnología, la agricultura, las ciencias sociales, la economía, las especialidades científicas y la formación de investigadores de alta jerarquía.

Es un serio dilema cuya respuesta no puede venir sólo de las universidades, sino que tiene que ser el producto de la planificación del desarrollo nacional; como consecuencia de éste, de la planificación educacional, y finalmente, de la adaptación, planificación y reforma de la propia universidad o más exactamente, de las universidades en conjunto y separadamente.

5. Las universidades que hasta 1950 se mantuvieron fundamentalmente iguales en su organización administrativa y docente, en sus objetivos profesionales, en su enseñanza libresco y en su desdén por la enseñanza general cultural y el cultivo de las ciencias, a partir de esa fecha comienzan a introducir cambios y elementos modernos en su anticuada armazón. En la última década se ha hecho evidente la insuficiencia de esos "parches" que, lejos de mejorar las cosas, han complicado y anarquizado la organización.

a) La expansión de algunas universidades latinoamericanas las coloca entre las más grandes del mundo. Desafortunadamente, por lo general ha sido crecimiento y no desarrollo. Agregado de escuelas, organismos, cátedras, carreras, etc. y ampliación indiscriminada de la matrícula con serio detrimento de la enseñanza; no integración orgánica de los nuevos elementos en una estructura renovada.

Las universidades más afectadas por el crecimiento desmedido han sido las centrales y estatales, más vulnerables a la presión política o del ambiente; además, su tendencia monopolística y centralista, las hace preferir la expansión antes que favorecer soluciones de tipo nacional.

De los 570.980 alumnos que había en las universidades latinoamericanas en 1962, 282.901, es decir el 50%, estudiaban en 10 universidades centrales.

b) Tampoco ha sido feliz la introducción apresurada y vehemente de nuevas carreras porque se ha atendido más a las *demandas estudiantiles* que a las *necesidades nacionales*, y porque se ha creado una enorme anarquía en el contenido, la denominación y la longitud de los estudios. Este fenómeno se puede apreciar aun dentro de un mismo país.

En el último *Boletín sobre escuelas y carreras profesionales en las universidades latinoamericanas* (U.U.A.L., México, 1965) hay 20 páginas

dedicadas a las carreras profesionales que se cursan en América Latina. He aquí algunas muestras:

Para Agronomía y Ganadería, se ofrecen carreras de 6, 5, 4, 3 y 2 años, con 11 denominaciones diferentes.

En Ciencias (Física, Matemáticas, Biología), hay carreras de 6, 5, 4 y 3 años; en Química hay carreras de 7, 6, 5, 4, 3 y 1½ años, repitiéndose las mismas denominaciones, de manera que, junto a un técnico químico que debe estudiar 7 años en Argentina o un químico que estudia 6 años en Perú, hay técnicos y químicos que estudian 4 años en Brasil o en México; técnicos que estudian 4 años en Chile y 3 años en la República Dominicana o en Colombia, etc.

En Economía hay carreras también de 7, 6, 5, 4, y 3 años, bajo los mismos títulos.

Lo mismo se puede decir de Educación, cuya longitud varía de 2 a 6 años; de Enfermería u Obstetricia, que varía de 1½ a 5 años, habiendo un país en que hay simultáneamente universidades que enseñan enfermería en 4, 3, 2 y 1 años.

En Ingeniería hay también carreras que varían entre 2 y 7 años. En Argentina las más largas son las de Técnico Constructor y Mecánico-Electricista; en Chile, por el contrario, se llaman Técnicos (Mecánicos, Electrónicos, etc.) a los que estudian sólo 4 años.

En Odontología, para recibir el mismo título, se puede estudiar carreras de 6 años, 5½, 5, 4 y 3 años, etc.

c) No se ha gastado igual empeño, en cambio, en la introducción de las disciplinas humanísticas, sociales, científicas y tecnológicas, ni en el fomento de la investigación.

Algunas Facultades, en algunas universidades, han reconocido la importancia de mejorar la formación cultural de sus profesionales y han creado cátedras de disciplinas generales, como ramos optativos, duplicando, por cierto, lo que hacen, con idéntica intención, otras Facultades vecinas; pero poquísimas universidades han dado a la enseñanza general humanística y cultural el rango preeminente que le corresponde o la han colocado como un elemento obligado en la formación de todos los universitarios.

En la mayoría, las ciencias siguen cultivándose dispersas en las cátedras, departamentos o institutos de las Facultades profesionales, sin personalidad ni vigor. Poquísimas forman científicos, dan importancia a los estudios científicos y procuran atraer hacia ellos a los mejor dotados.

En escaso número de universidades se ofrecen grados en ciencias, letras o cualesquiera otras disciplinas de tipo general y básico y en conta-

das hay lo que internacionalmente se llama estudios de graduados (no de especialización práctica profesional).

Consecuencialmente, la investigación, en cualquier orden de disciplinas: ciencias naturales o exactas, ciencias sociales, ciencias humanísticas, tecnología, etc., es débil y sin originalidad. Poquísimos son los países latinoamericanos que hayan estudiado su fauna, su flora, su suelo o, aun, su geografía, sus letras, su historia o las características de su raza o de su lengua, etc.

Dice, a este respecto, muy atinadamente, el *Informe sobre la Educación Superior en América Latina*, ya mencionado:

"El Comité opina que las disciplinas humanistas y científicas, de un lado, y las aplicaciones tecnológicas del conocimiento, de otro, no son términos irreconciliables de un dilema. Al contrario, el humanismo tiende más y más a aproximarse a las ciencias y la tecnología reposa más y más sobre fundamentos teóricos y humanistas. Las universidades no deben ocuparse tan solo por los problemas de la transmisión, el progreso y la aplicación del conocimiento. También les compete la formación de personas capaces de liderato cultural así como la interpretación de los aspectos y significaciones más profundas de la vida humana. En este sentido, el Comité opina que las universidades latinoamericanas deben intensificar sus esfuerzos para insertarse integralmente en el contexto de las aspiraciones sociales y humanas y que, sin excluir el servicio a las necesidades económicas, han de perseverar y alentar la diversidad, la variedad y la libertad de la educación superior".

d) Las universidades latinoamericanas declaran con frecuencia que sirven a su pueblo y a sus estados. Entre los universitarios latinoamericanos se alude con frecuencia a la acción social de la universidad. Es interesante señalar el diferente significado que tiene este término en las universidades norteamericanas y sudamericanas. Mientras en los Estados Unidos significa la preocupación por los problemas relativos a los que hoy se llaman recursos humanos de nivel superior, a la investigación de los recursos naturales (formación de científicos) y a la expansión y desarrollo industrial y agrícola (ingenieros, técnicos, agrónomos), en Latinoamérica significa la atención de los problemas políticos, sociales y económicos de la sociedad.

De la misma manera, mientras la acción social de la universidad norteamericana se orienta hacia el *estudio* de los problemas y de sus *soluciones*, dejando su *realización* a otros organismos, en Latinoamérica ha habido siempre tendencia a que la universidad se haga *parte* en las soluciones. De ahí la importancia y caracteres que han adquirido

las actividades de extensión cultural o universitaria y las tentativas de arrastrarlas a una "acción social" en forma de campañas en la solución de problemas como el habitacional, educacional, de salubridad, etc.

Dentro de este mismo orden de cosas ha de mencionarse también la acción sucedánea de la universidad en el campo cultural y artístico: es frecuente que la universidad latinoamericana posea una orquesta, un conjunto teatral o un ballet profesional sin relación directa con su docencia.

e) Hay en Latinoamérica, como se ha dicho, un número superior a 180 instituciones que se dicen de educación superior. De las 132 instituciones de la Unión de Universidades de Latinoamérica, 62, es decir, el 47%, fueron fundadas con posterioridad a 1945. Resulta así que hay aproximadamente una institución de educación superior por cada un millón quinientos mil habitantes, cifra que sería suficiente si todas estuvieran a la altura de lo que pretenden.

Así como varían sus denominaciones (colegios, facultades, universidades, institutos, centros, academias, etc.), varía también su tamaño y calidad. Hay Facultades o Institutos de Farmacia, Dentística, Educación o Letras con una veintena de alumnos y no más de 4 profesores de tiempo parcial, junto a universidades con 50 ó 70 mil alumnos. Hay instituciones que no poseen sino unas pocas salas de clases y las hay muy bien dotadas de laboratorios, bibliotecas y centros de investigación. Hay algunas que están viviendo con 50 años de atraso y otras tan modernas como las mejores.

También es anárquica su distribución física. Así, Argentina con una población de 22 millones de habitantes tiene 12 universidades que en 1962 recibieron 132.614 alumnos.

Bolivia, con 4 millones 500 mil habitantes tiene 5 universidades que totalizaron 6.973 alumnos.

Brasil, con 75 millones de habitantes tiene 19 universidades que tuvieron 52.249 alumnos.

Colombia con 14 millones de habitantes tiene 21 universidades con 30.000 estudiantes.

Chile, con 8 millones 500 mil habitantes tiene 8 universidades con 31.000 alumnos.

Ecuador, con una población de 4 millones 700 mil habitantes tiene 6 universidades que totalizan 11.460 alumnos.

Perú, con 11 millones de habitantes tiene 20 universidades con un poco más de 30.000 alumnos.

Uruguay, con dos millones 500 mil habitantes tiene una universidad con 36.529 estudiantes.

Venezuela, con 8 millones de habitantes tiene 6 universidades con 33.630 alumnos.

México, con 45 millones de habitantes tiene 30 universidades que totalizan 172.985 alumnos, de los cuales algo más de 100 mil pertenecen a la Universidad Central y al Instituto Politécnico Nacional.

En el apremio del último tiempo la creación de establecimientos de enseñanza superior no se ha hecho ni con criterio nacional ni con criterio educacional. No se han creado universidades en donde eran más necesarias y en medios que las podrían favorecer, sino en cualquier parte, con criterio político. Tampoco se ha dado a las nuevas instituciones elementos de enseñanza y medios de subsistencia. Pero se han distraído en ellas fondos que habrían podido beneficiar más a la juventud si se hubieran invertido en mejorar las universidades existentes.

“Un examen superficial de las condiciones actualmente imperantes en la educación universitaria latinoamericana revela sin duda alguna que existen universidades de esa parte del mundo que aún no se han integrado adecuadamente por la vida social y económica de los respectivos países. En general, ellas no habrían respondido aún a las exigencias del desarrollo social y económico propias de “la revolución de las crecientes expectativas”. A este respecto, es preciso insistir en el hecho de que las condiciones varían grandemente de país a país y que la desintegración anotada muestra muy diferentes magnitudes de universidad a universidad. Sin embargo, es correcta la tesis general de que algunas universidades latinoamericanas han mantenido las estructuras tradicionales, han corrido a la zaga de la evolución social y económica operada en las sociedades respectivas durante la primera mitad del siglo xx, han dedicado reducidos esfuerzos al fomento de las “nuevas” profesiones necesarias para acelerar el desarrollo social y económico y han dado preferencia excesiva a carreras neutrales con respecto a este desarrollo. No hay duda de que es preciso reorientar la marcha de algunas de las universidades latinoamericanas, de modo que las *reformas* tiendan a articular las instituciones de cultura superior con los requerimientos sociales y económicos para convertirlas en factores dinámicos de progreso”. (*Informe y recomendaciones. La Educación Superior en América Latina y la Cooperación Interamericana*, Loc. Cit.).

IV. Desarrollo actual.

1. En todos los ambientes universitarios latinoamericanos hay, en mayor o menor grado, deseo de cambio y de modernización. Preciso es reconocer que pese a todas las dificultades y limitaciones ha habido

en los últimos años un progreso evidente —aun cuando no suficiente.

Sin embargo, hay fuerzas poderosas que, activa o pasivamente, se oponen al cambio. Mencionaremos las que parecen más importantes.

a) La universidad latinoamericana tiende a satisfacer demandas y no necesidades. Las demandas parten de los individuos y están dirigidas a lo que éstos conocen, que son las profesiones liberales. Las necesidades son nacionales y deben ser estudiadas de acuerdo con los planes de fomento y desarrollo del país;

b) Los alumnos miran con desconfianza cualquier cambio que pudiera significarles más estudio y más disciplina. Desean títulos profesionales; a pocos les importa aprender más o hacerse más cultos, si ello les significa más trabajo. Desconfían de cualquier estudio cuyo porvenir económico y social no conozcan. Para ellos los estudios científicos son todavía una incógnita;

c) Las universidades suelen estar regidas por leyes minuciosas en sus disposiciones. Los universitarios se resisten a pedir su modificación por temor a comprometer, en la petición, su autonomía frente a los gobiernos o a que la nueva ley cree nuevos problemas;

d) En muchos países la legislación protege los *Títulos* profesionales; en otros, las leyes gremiales o colegiales detallan las exigencias para reconocerlos. El valor de los *Grados Académicos* se hace, así, para muchos, incierto;

e) La universidad central, estatal, que es por lo general la más grande conservadora y poderosa, gravita fuertemente sobre el ambiente político, la opinión pública y los medios académicos del país. Su inmovilidad marca un paso que las demás difícilmente se atreven o pueden desconocer, so pena de hacerse impopulares o de crear a sus egresados problemas de ajuste posterior;

f) La falta de continuidad en la gestión directiva y administrativa y la organización laxa y desmigajada de las universidades, hace difícil, cuando no inútil, tomar iniciativas de largo alcance, hacerlas aceptar y realizarlas;

g) El espíritu de cuerpo, los intereses profesionales, la autonomía de las facultades y el predominio de catedráticos de jornada parcial para quienes la gestión universitaria tiene interés sólo colateral, muy celosos de sus fueros y cuyos votos designan Decanos y Rectores;

h) El nacionalismo de los estudiantes, que los hace conceptuar como foránea (a veces, imposición foránea) cualquiera reforma, y mirar con desconfianza cualquier cambio;

i) La falta de personal preparado para planear una reforma, para realizarla y para complementarla;

j) La falta de medios y de seguridad económica. En las universidades latinoamericanas no se puede planear a largo plazo por la inseguridad de contar con los medios para terminar el plan. No hay seguridad en el aporte privado, ni en el aporte estatal, ni en el valor de la moneda;

k) El espíritu conservador y tradicionalista de los universitarios en materias universitarias y su falta de convicción de que el mundo, la sociedad, la ciencia, la técnica, los conocimientos van evolucionando muy rápidamente y la universidad moderna tiene que organizarse de manera que pueda estar en permanente reforma, si desea marchar al ritmo de su tiempo;

l) La mal entendida autonomía que cuidan con singular celo las universidades latinoamericanas. No ha impedido que muchas de ellas sean con frecuencia víctimas de la intervención de los gobiernos fuertes (militares o civiles), ni que al fin de cuentas sean los gobiernos los que nombran, sugieren o aceptan a los candidatos a los cargos directivos; pero en cambio impide que las universidades pospongan sus particulares ambiciones e intereses para colaborar entre ellas o con los gobiernos —en un pie de ayuda y respeto— en la satisfacción de las necesidades nacionales;

m) La falta de interés, estímulo y medios para la investigación científica o tecnológica, que deprime la inquietud de los universitarios y los acondiciona al camino fácil de lo establecido.

2. Las universidades latinoamericanas, que vivieron en quietud invernal hasta 1925, han entrado a partir de 1950 en un período de cambio cuyas contradicciones más sobresalientes se han descrito en los párrafos precedentes.

Para una minoría esta actividad ha significado realmente, desarrollo, esto es una expansión planeada, orgánica, que ha modernizado sus estructuras de manera que puedan afrontar con éxito no sólo las necesidades actuales sino las que han de venir en plazo inminente. Para la mayoría ha significado crecimiento invertebrado que ha complicado la estructura y amenaza llevarlas al marasmo por imposibilidad física de una adaptación útil y significativa.

De las primeras puede decirse que, pese a dificultades, y muchas veces limitaciones, han logrado desprenderse de la tradición y renovarse en mayor o menor grado en los siguientes aspectos:

- a) Su estructura administrativa;
- b) Sus órganos directivos;
- c) Sus órganos académicos;

- d) La orientación de su enseñanza:
 - 1. Introducción de estudios culturales o generales.
 - 2. Desarrollo de la enseñanza científica.
 - 3. Creación de nuevas áreas de estudios más de acuerdo con las necesidades nacionales;
- e) Estímulo a la investigación;
- f) Introducción del profesorado de dedicación exclusiva;
- g) Revisión y modernización de sus planes de estudio;
- h) Cambio de sus métodos docentes;
- i) Preocupación activa por sus estudiantes.

No son muchas ni las hay en todos los países, pero su ejemplo, aunque a veces no reconocido, por nacionalismo, localismo o institucionalismo, está marcando, si no pautas, una emulación que habrá de tener enorme repercusión en el desarrollo universitario de los próximos años.

La gran mayoría pertenece al grupo de las que no despegan aún en sus esfuerzos de renovación, o que creen que es suficiente un cambio parcial o gradual, que no altere violentamente las cosas. Son aquellas para las cuales toda reforma necesita siempre *más estudio o más prudencia*. Como son las más, es sobre ellas que se configura la imagen actual de la universidad latinoamericana.

3. A la vieja estructura académica, han agregado institutos o departamentos de estudios generales, ciencias, matemáticas, etc., sin criterio jerárquico y sin integrarlos en la organización, creando confusión, duplicación, desorientación en los estudiantes y tensiones dentro de los cuerpos universitarios.

En muchas, junto a las antiguas Facultades con función *docente*, se han creado departamentos o institutos para trabajos de *investigación* en las mismas materias, haciendo una distinción discutible —o en todo caso prematura— entre docencia e investigación.

Coexisten así en las universidades, facultades, escuelas, institutos, departamentos o cátedras, dando a cada uno de estos términos un significado poco preciso, diferente y local.

Se ha introducido el profesor de tiempo completo; a menudo, sin definición previa, sin crear un equipo de trabajo, sin cambiar el modo de la docencia ni disponer del aparato bibliográfico o científico que justifique la dedicación exclusiva.

Buscando una mejor relación docente-alumno, se ha incrementado el personal, a veces en forma generosa, pero sin introducir métodos docentes activos que permitan aprovecharlos.

A la vieja maquinaria administrativa se le han agregado equipos mecanizados, oficinas de relaciones públicas, de estadística, etc., y muchos funcionarios que desempeñan actividades con nombre moderno; pero la organización en el fondo sigue siendo la misma; no hay delimitación de funciones, niveles, jerarquía o áreas de responsabilidad. Tampoco se conocen los costos ni los rendimientos ni se dispone de los elementos para recoger estadísticas fidedignas.

Las autoridades universitarias (con excepción de las universidades católicas y algunas privadas) siguen siendo elegidas por períodos limitados; y no es infrecuente que no terminen el período para el que han sido elegidas.

Muy poco se ha hecho por que la universidad recobre su unidad. No se ha vencido el separatismo de las Facultades ni las distancias físicas. El sentido de Facultad o Escuela prima sobre el de Universidad. Las decisiones relativas a planes y programas de estudio siguen siendo resorte exclusivo de las Facultades, por lo común limitadas en su visión general de los asuntos educacionales. Son uno de los obstáculos para el desarrollo de las disciplinas generales y de la enseñanza de las ciencias: se oponen a perder las cátedras que poseen; no aceptan que a sus alumnos se les enseñen materias sin carácter profesional; no dan valor a la formación general del universitario; se resisten a encarar con audacia la reforma de sus planes y programas y a eliminar materias que ya han perdido actualidad.

La docencia sigue siendo pasiva a base de la lección magistral. El alumno no se considera obligado a saber sino lo que el profesor expuso y lo que apuntó en su cuaderno. El alumno no hace preguntas ni el profesor lo estimula al diálogo. No hay seminarios; los trabajos de laboratorio son poco frecuentes; las bibliotecas son deficientes.

Las pequeñas universidades concentran sus actividades en un edificio. Las grandes desparraman sus escuelas o facultades en diferentes puntos de la ciudad. Muy pocas tienen un Campus; los hay espléndidos, pero no es infrecuente que aún en ellos perdure el separatismo y la incomunicación.

La investigación tiene escaso desarrollo. Hay las naturales excepciones; pero lo general es que sea esporádica, más el producto de algún individuo que de una política institucional. El apremio económico en que viven las universidades latinoamericanas no les permite dedicar a esta actividad las sumas necesarias; tampoco los gobiernos le dan la debida importancia.

Las bibliotecas son deficientes, mal dispuestas, mal organizadas, carecen de fondos y sufren de grave falta de información bibliográfica, especialmente de revistas científicas y textos de estudio.

A todas las universidades latinoamericanas les falta personal docente preparado. Se ha culpado de ello a la exigüedad de los sueldos; no debe olvidarse, sin embargo, que ha habido muchos años de descuido en la educación científica y técnica y que los pocos elementos bien entrenados son absorbidos y retenidos por la industria, que siempre sale vencedora en el terreno de los salarios. Un alivio ha significado la ayuda internacional, que ha permitido que numerosos jóvenes latinoamericanos realicen estudios avanzados en el extranjero.

4. El estudiante latinoamericano va a la Universidad a aprender una profesión que le permita progresar económica y socialmente. El aspecto formativo o cultural le interesa menos que las técnicas de su profesión.

Como en la universidad los puntos de contacto entre docentes y alumnos son escasos, la influencia del profesor es mínima. El alumno espera que se le enseñe, no se esfuerza por aprender. No saben estudiar; memorizan, pero no procuran entender; para ellos tiene más importancia el "hecho" que el "concepto". La universidad no les enseña a estudiar y su profesor poco hace por que aprendan a comprender. Creen que la universidad les dará todo lo que necesitan para desempeñarse, y una vez titulados, no estudian para mantenerse al día en sus conocimientos. Los profesionales latinoamericanos, por eso, se gastan rápidamente.

Los jóvenes llegan a la universidad, con frecuencia mal orientados vocacionalmente y sin saber lo que la educación les ofrece. La Universidad no les da la oportunidad de rectificar su camino sino a costa de un fracaso y de una nueva tentativa en otra carrera.

Contrariamente a lo que se ha sostenido, actualmente, los alumnos universitarios latinoamericanos no pertenecen sólo a las clases adineradas. Hay un número creciente que viene de hogares muy modestos. Un estudio sociológico revelaría probablemente una relación entre el deterioro de la conducta y del rendimiento de los estudiantes latinoamericanos y el aumento de aquellos que vienen mal formados, en medios en donde no hay libros ni conversaciones cultas, ni preocupaciones de orden superior, y el ambiente es intelectualmente humilde.

Es ésta la causa, también, de que en muchos países latinoameri-

canos el estudiante "part-time", es decir, que trabaja al mismo tiempo que estudia, sea la regla.

Poquísimas universidades tienen facilidades de hospedaje para sus alumnos; un número creciente les ofrece servicio de alimentación.

Sólo en el último tiempo, y en algunos países, se ha comprendido la importancia social y nacional de la asistencia al estudiante. Aun cuando los sistemas no son perfectos, el Estado o las universidades han establecido becas o ayudas estudiantiles.

5. Las universidades latinoamericanas son pobres desde el punto de vista de sus necesidades actuales y de lo que precisarían para desarrollarse. Son en cambio caras si se las juzga en base a su rendimiento, es decir, del costo por alumno egresado, debido a la alta mortalidad académica.

El concepto tan arraigado de que la educación debe ser gratuita y deber del Estado, por un lado, y la indiferencia de la comunidad por la educación, por el otro, han deprimido los aportes privados en favor de las universidades. Por eso, casi todas, incluyendo a las católicas y a las privadas, reciben, en mayor o menor medida, crecientes subsidios estatales. Como el Estado tampoco valoró hasta ayer la importancia de la educación y en muchos países la universidad es foco de inquietud política y de oposición, la vida económica de las universidades ha sido proverbialmente difícil e incierta.

Reciente en algunos países la industria ha comprendido la importancia de las universidades, tanto para la formación de sus recursos humanos, cuanto como colaboradora en problemas técnicos o de investigación e inicia un movimiento de ayuda a las universidades.

6. Se dijo en 1961, en el Seminario sobre la Educación Superior en América Latina y la Cooperación Interamericana:

"Las universidades latinoamericanas se han desarrollado, por lo general, inorgánicamente. Según se ha notado, este desarrollo no ha corrido paralelamente con la evolución social y económica de sus países. Las funciones docentes y de investigación en algunos casos no se han adecuado a concepciones definidas. En muchos casos, las universidades de un mismo país no han coordinado sus actividades entre sí ni dentro de planes nacionales que podrían haberles dado mayor efectividad a sus esfuerzos. Todo ello ha resultado en pérdida de recursos humanos y financieros. Es preciso que las universidades

latinoamericanas coordinen tanto nacional como internacionalmente sus labores y para ello deben ser establecidos, por las mismas universidades, organismos para su planeación”.

V. Consideraciones finales.

1. Si, comparados con la magnitud y la urgencia de los problemas que enfrentan, los progresos realizados por la educación superior latinoamericana parecen todavía escasos y lentos, preciso es reconocer que lo que se ha hecho, aunque desigual y anárquico, no tiene precedentes y es augurio de que el movimiento tomará vigor.

Desde luego, es importante señalar que en todos los países se estudian reformas educacionales y se planifica la educación para conformarla a las necesidades. El presupuesto de educación latinoamericano ha aumentado, de un 11% del nacional, que era en 1957, a un poco más del 23%, que es en el momento actual. En todas partes se hacen denodados esfuerzos por disminuir el analfabetismo, y la matrícula de la enseñanza primaria, de la secundaria y de la universitaria se incrementan en forma significativa si no alarmante.

2. Con mayor o menor empeño las universidades también se renuevan. Hemos aludido a los obstáculos que la renovación encuentra en el propio organismo universitario. No se puede desconocer la influencia negativa que tiene también la falta de personal y la inseguridad económica en que ellas viven. Se realiza cuando se conjugan dos o tres factores positivos: una administración que quiere innovar; una Facultad o un grupo que la apoya; dinero para realizarlo, obtenido generalmente gracias a la influencia de algún político; personal y elementos para complementarlo. Cuando no se tiene suerte, el dinero no llega o no es suficiente, las autoridades cambian y el proyecto queda detenido a medio camino y se agrega a la lista de fracasos que hacen peligrosa y desprestigian toda innovación.

Por eso, el desarrollo de la universidad latinoamericana es generalmente inarmónico, oportunista y parcial. Son raras las que logran crear por largo tiempo entre sus autoridades, sus docentes y sus alumnos el clima de armonía y entendimiento que son necesarios para un desarrollo orgánico, y que, al mismo tiempo, logran obtener con seguridad los medios para realizarlo.

Sin embargo, el movimiento de renovación que se hace sentir en toda Latinoamérica como efecto de las presiones externas a que

se ha hecho alusión a lo largo de este trabajo, de la comprensión, interés y ayuda que en los gobiernos encuentran hoy los problemas educacionales y de la creciente conciencia entre los universitarios de la necesidad de renovarse, ha hecho que en muchas de ellas se creen comités de planeamiento o se busque asesoría para realizar los cambios que las circunstancias y los medios les permitan. Actualmente muchas han iniciado o ya recorren parte del camino. No es seguro que los planes sean todo lo renovadores o adecuados que sería de desear, pero el hecho de que existan y de que haya voluntad para realizarlos es altamente promisorio.

3. Es menester considerar también, a este respecto, que la universidad no puede desprenderse de su medio y que, por lo tanto, debe marchar en armonía o concordancia con los progresos o la maduración de la sociedad a que sirve. Y en este sentido Latinoamérica no es homogénea ni igual.

4. También ha sido difícil obtener la cooperación de las universidades, celosas de su autonomía, para una planificación de la enseñanza superior en escala nacional. El particularismo de algunas, el afán de predominio de otras, o, simplemente, la rutina o la incompreensión del problema, hacen a veces difícil el entendimiento, y la creación de un real espíritu de cooperación. Sin embargo, también en este sentido, en diferentes países, se han dado pasos importantes: los países de la América Central están obteniendo positivos frutos de su Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA); en Colombia, existe una Asociación de Universidades que, aun cuando tiene objetivos limitados, seguramente habrá de extender, por la fuerza de las circunstancias, su acción al plan docente. En México existe una Asociación Nacional de Universidades; lo mismo en Venezuela, en Perú y en Chile. Tal vez la experiencia de este último país es importante: el Consejo de Rectores tuvo como función en un comienzo sólo vigilar la inversión de ciertos fondos destinados a la investigación científica. Cuando se juntaron por primera vez los Rectores, tuvieron la sorpresa de darse cuenta de que la mayoría de ellos no se conocía. Las reuniones periódicas y los problemas comunes fueron creando un ambiente de entendimiento, de cooperación y la necesidad de estrechar el grupo y de preocuparse de la enseñanza universitaria en escala nacional. Fueron los propios Rectores los que solicitaron del Gobierno una ley que diera existencia legal al grupo, ampliara sus atribuciones y le diera medios de subsistencia. Hoy día el Consejo de Rectores sesiona una vez al mes,

edita un boletín, toma acuerdos a los cuales se pliegan voluntariamente las universidades y se ha transformado en un órgano que ya está haciendo sentir su beneficio en el planteamiento educacional superior del país.

5. También ha habido intentos de coordinar la labor universitaria en el plano regional o continental. Hay un Consejo Interuniversitario Regional que agrupa a las universidades de Chile, Buenos Aires, Montevideo y Lima; hay en marcha algunas iniciativas para el intercambio de alumnos y la complementación docente entre algunas universidades chilenas, argentinas y peruanas, y existe, por último, la Unión de Universidades Latinoamericanas, que ha efectuado una positiva labor de acercamiento entre entidades que hasta ayer vivían ignorándose, aunque sufriendo idénticas angustias y problemas.

La universidad latinoamericana ha cambiado hasta hoy más por revolución que por evolución: la revolución de la independencia transformó a la universidad colonial, ya atrasada para su época, en la universidad profesionalista; la presión de los estudiantes en los años del 20, aun cuando no alcanzó a ser efectivamente revolucionaria, significó afán de renovación y progreso. Los cambios socioeconómicos, culturales y demográficos de estos años están creando en el seno de las universidades latinoamericanas un nuevo clima de revolución, necesario para que den un nuevo paso y se pongan al día sin tardanza y en buena dirección.

Concepción - Chile.